



## **REVISTA ÚRSULA**

**“Plagas volátiles” o las alas del terror: Escenas de horror animal en *El Orinoco ilustrado y defendido* (1745) de José Gumilla**

**“Volatile Pests” or Wings of Terror: Animal Horror Scenes in José Gumilla’s *El Orinoco ilustrado y defendido* (1745)**

**Roberto Martínez Bachrich**

**(Bryn Mawr College)**

[rmartinezb@brynmawr.edu](mailto:rmartinezb@brynmawr.edu)

**RESUMEN:** *El Orinoco ilustrado* (1745) de José Gumilla ofrece un repertorio de monstruos que incluye múltiples especies voladoras, desde insectos diminutos hasta sangrientos mamíferos. Pequeñas e innumerables bestias de este tipo se encuentran en la selva y quien no se cuida de su ataque puede ser víctima de dolores, sufrimientos o muerte. Entre las “plagas volátiles” que abundan en el Orinoco, Gumilla distingue zancudos, jejenes, rodadores, galofas, avispas, mosquitos, moscas verdes de gusano y murciélagos. Estas páginas exploran los tapices del horror que el jesuita teje en su historia natural partiendo de la idea de “terror-arte” ya que, al conjugar miedo y repugnancia, el misionero desarrolla tempranas escenas de horror animal.

**ABSTRACT:** José Gumilla’s *El Orinoco ilustrado* (1745) offers a repertoire of monsters that includes multiple flying species, from tiny insects to bloodsucking flying mammals. There are countless specimens of these little beasts in the jungle, and those who do not avoid their attack can experience pain, suffering and even death. Among the “volatile pests” in the Orinoco, Gumilla distinguishes mosquitoes, gnats, rollers, galofas, wasps, green worm flies and bats. These pages read the tapestries of horror that the friar weaves in his natural history based on N. Carroll’s idea of “Art-Horror”. Thus, I suggest that Gumilla, by combining fear and disgust, develops early amazing scenes of animal horror.



**PALABRAS CLAVE:** Historia natural, literatura colonial, siglo XVIII, terror-arte, insectos, río Orinoco, José Gumilla.

**KEYWORDS:** Natural History, Colonial Literature, Eighteenth Century, “Art-Horror”, Insects, Orinoco River, José Gumilla.

Las siguientes páginas forman parte de una investigación más amplia que tiene su foco en algunas plantas y animales de la cuenca del río Orinoco que, en la imaginativa y potente prosa de su historia natural, desarrolló el misionero jesuita español José Gumilla durante la primera mitad del siglo XVIII. El registro de sus observaciones y experiencias ha quedado fijado en un libro monumental, *El Orinoco ilustrado y defendido* (1741, 1745<sup>1</sup>), en el cual al menos un tercio de las anotaciones configuran un sólido archivo de imágenes o escenas de horror animal y vegetal. Su importancia resulta especialmente patente cuando es leído en comparación con algunas de las representaciones anteriores o posteriores de esos mismos animales o plantas en otras historias naturales (las obras de Gonzalo Fernández de Oviedo y Alejandro de Humboldt, por ejemplo<sup>2</sup>), esto es, cuando ese archivo es situado en el corazón del género, en el oleaje de la tradición.

El libro de Gumilla recoge la experiencia equinoccial del fraile, quien trasegó las selvas venezolanas durante más de tres décadas, hasta que la muerte lo alcanzó en 1750. Al ser mitad historia civil, mitad historia natural, los lectores y los años (de Gilij y Humboldt en adelante<sup>3</sup>) se ocuparon de cuestionar o negar muchas de las informaciones sobre la naturaleza

---

<sup>1</sup> La primera edición, llamada simplemente *El Orinoco ilustrado*, apareció en 1741 en Madrid. Una segunda edición aumentada y corregida por el autor, apareció cuatro años más tarde, en 1745, siempre en Madrid y en la imprenta de Manuel Fernández, con el título *El Orinoco ilustrado y defendido* y ahora en dos volúmenes. Esta será la edición definitiva.

<sup>2</sup> Los dos modelos por excelencia de la historia natural americana, antes de Gumilla, son el *Sumario de la natural historia de las Indias* (1526) de Gonzalo Fernández de Oviedo y la *Historia natural y moral de las Indias* (1589) de José de Acosta. Después de Gumilla, la versión clásica de la historia natural que *El Orinoco ilustrado* todavía encarna, y que resulta, hoy, muy apegada a los procedimientos retóricos y poéticos de la literatura o, en cualquier caso, muy fundamentada en el recurso a la especulación (y, por ende, a la imaginación), va a ir desapareciendo para privilegiar acercamientos a la naturaleza más objetivos y científicos. La obra de Humboldt, *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente* (escrita entre 1799 y 1804, pero publicada, en la forma en que la conocemos hoy, en 1826) deviene el nuevo modelo y rechaza, si se quiere, la etiqueta de “historia natural” para ampararse, a diferencia de sus predecesores, en las nuevas disciplinas: botánica descriptiva, geografía de los vegetales, zoología comparada, geognosis, etc.

<sup>3</sup> Felipe Salvador Gilij, también misionero jesuita en el Orinoco, escribió, ya muerto Gumilla (a quien conoció en vida y admiró, según relata en su propio libro), otra historia natural de envergadura: el *Ensayo de historia americana* (1780-1784), en cuatro volúmenes, que dialoga con *El Orinoco ilustrado y defendido*, cuestionando



y los pueblos del Orinoco que Gumilla ofrece. Pero si los hechos (científicos, antropológicos, geográficos) pueden corregirse, lo que la prosa del misionero crea, su lado literario, “la verdad del arte”, es intemporal.

En estas páginas, propongo leer la obra de Gumilla en su patente carácter literario. Y, dentro del universo de la literatura, como parte de un subgénero muy particular, el de lo que Noël Carroll ha calificado como “terror-arte”. Miedo y repulsión, en el “terror-arte”, se construyen con frecuencia de manera simultánea y así, juntos, alcanzan al lector cuando Gumilla apunta fenómenos particulares del mundo animal. En ese sentido, cabe recordar la magistral descripción del caimán, no solo en su ferocidad letal, sino también en la estructura de su cuerpo, en su penetrante olor a almizcle o en el contacto con la dureza cortante de su piel. Otro ejemplo paradigmático es la descripción del “culebrón espantoso”, la lentitud viscosa de su reptar o su fétido aliento paralizante. Podríamos decir que los lectores de Gumilla: “miran no solo con miedo sino también con aversión, con una combinación de espanto y repugnancia” (Carroll 60) para referirnos al caimán, al culebrón, o a la mosca de gusano en particular, como veremos en pocas páginas (pues este artículo se enfocará únicamente en las “plagas volátiles”).

En su *Filosofía del terror*, Carroll apunta, asimismo: “[s]i el monstruo fuera sólo evaluado como potencialmente amenazador la emoción sería miedo; si solo fuera potencialmente impuro, la emoción sería repugnancia. El terror-arte requiere evaluación tanto en términos de amenaza como de repugnancia” (70-71). Muchos de los seres del libro de Gumilla cobran vida, justamente, entre la amenaza y la repugnancia. Y es en esta conjunción, a ratos, donde emergen las criaturas infernales de *El Orinoco ilustrado y defendido*. Es, a su vez, por la ausencia de este cruce, que los mismos animales en Humboldt pierden toda su carga de monstruosidad: el miedo y el asco se retiran ante la espada de la curiosidad científica, ante la lanza del interés intelectual. La bestia feroz se deshace, deviene apenas curioso animal, y la naturaleza, finalmente, es solo eso: naturaleza<sup>4</sup>.

---

la veracidad de algunas de sus afirmaciones. Humboldt, por su parte, en el *Viaje*, rechaza de plano muchas de las anotaciones de Gumilla y, en varias oportunidades, acusa al fraile de hablador o cuentero.

<sup>4</sup> Acaso no tenga demasiado sentido volver hoy a la tan gastada oposición entre naturaleza y cultura. Aun así, es inevitable recordar que la primera de las siete tesis sobre lo monstruoso de Jeffrey Cohen reza: “El cuerpo del monstruo es un cuerpo cultural” (38).



Dentro del universo del “terror-arte”, vale la pena acotar, para el caso de la historia natural de Gumilla, esa parcela más especializada del “horror animal”. Y si hablar de horror animal en una historia natural del siglo XVIII puede parecer, en principio, disparatado (dado que esta categoría crítica o subgénero solo ha gozado de popularidad a partir del siglo XX, y más en el cine que en la literatura), no lo es, sin embargo, si pensamos que el horror en general y muchos de sus tópicos e imágenes particulares son fenómenos claramente trans-históricos. Aunque no se hable de literatura de horror hasta bien entrado el siglo XVIII ni de horror animal y vegetal hasta bien avanzado el siglo XX, podemos encontrar escenas cabales de horror y seres monstruosos no humanos en las más diversas épicas y cosmogonías de culturas muy diversas y distantes entre sí: en Homero, Virgilio y Dante; en muchas sagas medievales; en Shakespeare y Cervantes; en el Popol Vuh y leyendas guaraníes, por ejemplo.

Para algunos teóricos contemporáneos, el horror animal solo es posible, en principio, si se parte del hecho de que lo humano y lo animal son distintos y ocupan lugares conceptuales (y espaciales) diversos. Así lo señalan Katarina Gregersdotter, Johan Høglund y Nicklas Hallen en la “Introducción” a *Animal Horror Cinema* (3). Incluso si una ficción de horror animal propone el enfoque de lo horrible en la clara unión (“fusión”, la llama Carroll) entre lo humano y lo animal, o en la disolución (siniestra, problemática) de la frontera que los separa, el presupuesto de partida es el de lo animal como otredad de lo humano. Asimismo, el horror animal construye infinitas variaciones sobre un mismo núcleo temático que, dicho muy llanamente, sería que el animal ha cometido una transgresión sobre la humanidad y es castigado. Si quitamos el elemento último, estructuralmente imprescindible en la ficción, y suavizamos la diégesis (pensándola no como hecho consumado, sino como horizonte posible) todo lo demás está más que claro en muchas historias naturales y no solo en la de Gumilla. El misionero jesuita, no obstante, enfatiza en su escritura de modo casi obsesivo la posibilidad de esa transgresión: los humanos no somos los depredadores, sino las víctimas; no el consumidor, sino lo consumido, señalan Gregersdotter, Høglund y Hallen como tópico central del horror animal (9). A partir de esa posibilidad, cumplida o no en *El Orinoco*, según el caso, Gumilla construye toda una atmósfera, todo un sujeto monstruoso (tan temible como asqueroso, en algunos casos) y levanta, a fuerza de imaginación verbal, ese cristal oscuro, frágil, pero imponente, del horror.



Es importante subrayar que Gumilla no escribió ficciones (y las tesis de Carroll y de los teóricos del horror animal se refieren, siempre, a ficciones), sino una historia natural, y que estas páginas se enfocan solo en uno de los capítulos menores sobre animales de *El Orinoco* (pues la fauna selvática que la totalidad del libro recorre es mucho más amplia, así como la envergadura de sus monstruos es mayor: serpientes, caimanes, pirañas, anguilas eléctricas, etc.): el dedicado a las bestezuelas más pequeñas, las menos visibles, sea por su tamaño o porque se escapan por el aire, alejándose, así, de las prisiones del escrutinio humano. Pasemos, pues, a las “plagas volátiles”.

Las pocas descripciones y escenas que el fraile dedica a las aves del Orinoco están bañadas de la misma amena curiosidad y dulce asombro ante la variedad y belleza ornitológica que habían mostrado los primeros cronistas (Colón, Fernández de Oviedo, Sahagún, Raleigh, Acosta) ante guacamayas, tucanes, quetzales y flamencos. El mismo regodearse en la abundante, rara e indiscutible belleza del canto, forma y colorido aparece en todos, con matices debidos más a la sensibilidad de cada uno que a lo peculiar de las aves en cuestión. Pero no todo lo que tiene alas, asevera Gumilla, es dulce, ameno o bello. Antes bien, *El Orinoco ilustrado* ofrece todo un repertorio de horror con alas que, sin incluir pájaro alguno, se pasea por otras múltiples especies de volátiles: feroces y diminutos insectos o sangrientos mamíferos voladores.

De estas especies malignas se encuentran innumerables ejemplares en la selva, y quien no se cuida de ellas puede alcanzar, de manera inesperada, una muerte rápida y suave, con suerte; o una lenta, prolongada y dolorosa agonía, que también termina casi siempre en deceso, según el arbitrio o malignidad del volátil. Entre las plagas de este tipo que “inundan” el Orinoco, Gumilla distingue las diurnas de las nocturnas y se detiene en nueve de ellas. Acaso por estar en los aires y ser, en su mayoría, tan pequeñas, es poco lo que el fraile puede decir de sus aspectos físicos, concentrándose en las formas y consecuencias del ataque.

Los mosquitos constituyen la primera y la más común (en las escrituras del Orinoco por venir) de las “plagas volátiles”. Cualquiera que se adentre en el Orinoco será testigo y víctima, dice el fraile, de “una fiera batalla de varias clases o especies de mosquitos, que todos tiran a chupar la sangre, y algunos mucho más” (402). Gumilla apunta primero las especies diurnas, y parece ir en orden ascendente por la escalera del horror:



Durante el día pueblan el aire y se llena la cara, las manos y cuanto hay descubierto de mosquitos grandes, llamados *zancudos*, porque tienen las piernas largas y pintadas de blanco; con éstos, persiguen al hombre otros ejércitos de mosquitos llamados *jejenes*, cuyo tamaño no llega al de un grano de pólvora de artillería; al mismo tiempo sobrevienen otros del tamaño de granos de pólvora fina que llaman *rodadores*, porque luego que se llenan de sangre, no pudiendo sus alas sostener tanto peso, ruedan por el suelo, y se pierden por golosos (402).

Las tres especies primeras de mosquitos que anota el fraile son los estilizados patas blancas (cuya verdadera potencia maligna escapa todavía a Gumilla y a su siglo), los mínimos jejenes que atacan en ejércitos y los que, como encarnando una fábula moral, pecan de gula en una brevísima vida que escala rápidamente del placer a la muerte. Zancudos, jejenes y rodadores se suman, pues, a ese lienzo de siglos, que es otro tópico fijo en los discursos sobre selvas y sabanas, y que aparece como fastidio constante o perenne calamidad desde las primeras crónicas de Indias hasta las novelas de la selva del siglo XX<sup>5</sup>.

En el intermedio que toca a Gumilla (quien es breve y sintético en sus descripciones, quizá porque no hay mucho que mirar más allá de las heridas de la batalla), los mosquitos son bestias casi invisibles, y así el lujo descriptivo que el fraile alcanzará al dar cuenta del caimán, por ejemplo, nunca prende en ellos. Y si alguien como Humboldt dedica cerca de ochenta páginas de su *Viaje a las regiones equinociales* a la detallada descripción y clasificación de los mosquitos del Orinoco<sup>6</sup>, en Gumilla el poder verbal que toca a las “plagas

---

<sup>5</sup> El enorme ciclo fluvial y de la selva de múltiples novelas latinoamericanas cuyas historias ocurren alrededor de los ríos Amazonas, Magdalena, Maraón, Orinoco, Paraguay, Paraná y Uruguay, entre otros, incluye obras que recorren la totalidad del siglo XX: *La vorágine* (Rivera), *La selva* (Ferreira de Castro), *La serpiente de oro* (Alegría), *Canaima* (Gallegos), *Los pasos perdidos* (Carpentier), *La casa verde* (Vargas Llosa), etc. Los cuentos de Horacio Quiroga están, también, íntimamente ligados a este universo, y quizás el más famoso de sus relatos, “El almohadón de plumas” sea ejemplar en el tópico del horror animal relacionado con seres tan diminutos como las “plagas volátiles” de Gumilla.

<sup>6</sup> Una vez que Humboldt y Bonpland se internan en las llanuras de Venezuela y comienzan su recorrido hacia las selvas del Orinoco por el río Apure, los mosquitos en todas sus variedades devienen presencia constante en la relación y hasta interrumpen, con su tortura, la escritura del diario científico. Esto es, entre los tomos tercero y quinto del *Viaje a las regiones equinociales* (sigo la edición en cinco volúmenes de Monte Ávila Editores), los mosquitos son telón de fondo constante. Y aunque la estructura del *Viaje* y el modo en que Humboldt se aproxima a la naturaleza americana (suerte de vaivén entre relato, descripción y reflexión, o de tapiz o trama de tópicos diversos que se superponen y entretajan) dificulta señalar capítulos o libros precisos, la apoteosis de las plagas volátiles ocurre en no pocos fragmentos del primer centenar de páginas del tomo cuarto. Un par de citas pueden servir de ejemplo. La primera del tormento de las plagas: “Durante el día éramos horriblemente atormentados por los mosquitos y el jején, moscas chicas y Simulios ponzoñosos; durante la noche, por los zancudos, especies de grandes céenzalos temibles aun para los mismos indígenas” (Tomo IV, 67). La segunda, del modo en que el tormento deviene chiste o cotidianidad: “Los que no han navegado en los grandes ríos de la América equinoccial, por ejemplo, en el Orinoco o en el Magdalena, no acertarían a imaginarse cómo se puede ser torturado sin interrupción, a cada instante del vivir, por los insectos que voltejean en el aire, ni cómo el enjambre de esos animalillos puede hacer casi inhabitables vastas regiones. Por más acostumbrado que se esté a soportar el dolor sin queja, por más interés que se ponga en los objetos de investigación, es imposible que no



volátiles” suele estar más en sus acciones y no en cómo son o a qué familia pertenecen. Esto puede mostrar uno de los casos en los que la pasión científica prende donde la ficcional pasa de largo. Gumilla no encuentra mayor jugo que sacar a estas tres pequeñas bestias aparte de apuntar un breve rasgo de su diseño o actitud que termina, en la sucinta descripción del fraile, por configurarlas como plagas endémicas de la región a las cuales vale la pena registrar. Señala también que “todas tres especies de mosquitos, fuera de la sangre que hurtan, dejan una comezón rabiosa, que al que se deja llevar del prurito de rascarse le cuesta caro” (402), remarcando que, ante las plagas volátiles, las consecuencias a corto y largo plazo son peores que el ataque.

En cualquier caso, frente a los mosquitos, Gumilla señala que “tolerable es la plaga dicha, porque por último el paciente se venga en parte y mata muchos de aquellos enemigos, y aunque acuden otros a millones, con una rama en la mano o con un pañuelo se ocupa en espantarlos” (402). No sucede lo mismo con “la cuarta plaga”, cuyo ataque es tan veloz y repentino que no hay tiempo de espantarla, y mucho menos de matarla. Se trata de “unas moscas negras como un azabache y del tamaño de estas caseras que llaman galofas” (402), las cuales “al mismo llegar, con la velocidad de un pensamiento, clavan el pico, sacan sangre y dejan la herida; muy pocos hay que puedan alabarse de que han muerto una sola galofa, con haberlas a millaradas, en especial en tierras anegadizas” (402-403). Y si estas galofas superan a todos los mosquitos (aunque se alimenten igualmente de sangre) en la velocidad del ataque, al menos suelen trabajar en solitario.

Si a la velocidad de la galofa sumamos la estrategia del jején (el asedio grupal), llegamos a la quinta plaga, la de los tábanos y “avispas furiosas”, en cuyo ataque lo específicamente sangriento o furibundo parece ser lo de menos, pues la vida de la víctima peligra, más que por las picadas, por el intento de evitarlas, sobre todo si el ataque ocurre mientras se está navegando el río. Gumilla se refiere a esta plaga como a “la persecución de

---

sea uno importunado por los mosquitos, los zancudos, los jejenes y los tempraneros, que cubren las manos y la cara, que traspasan los vestidos con un chupador largo en forma de aguijón, y que, metiéndose en las narices y la boca, hacen a uno toser y estornudar en cuanto habla al aire libre. Así en las misiones del Orinoco, en los pueblos situados a orillas del río, rodeados de inmensas selvas, la plaga de las moscas constituye un tema inagotable de conversación. Cuando dos personas se encuentran por la mañana, las primeras preguntas que se dirigen son éstas: ¿Qué le han parecido los zancudos de anoche? ¿Cómo estamos hoy de mosquitos?” (Tomo IV, 68).



tábanos, unos grandes, otros pequeños, otros medianos y todos sangrientos” (403), y narra la peligrosidad de los mismos diciendo:

Si el camino es por las selvas o en piragua navegando a la orilla de los ríos, no es creíble cuántas especies de avisperos salen al encuentro, de avispas furiosas a cuál peor, tales que en tierra obligan a una fuga acelerada y en el agua exponen al navegante a mucho riesgo, porque no hallando los indios remeros otro refugio sueltan los remos, se arrojan al agua y queda la embarcación expuesta a un naufragio y entregada a la fuerza de las corrientes (403).

Huir, en este caso, es y no es salvarse.

Pero la escalera del horror continúa su ascenso, y así llegamos a la última de las plagas diurnas. Si el lector ya siente asco, fastidio o miedo de los zancudos, jejenes, rodadores, galofas y tábanos o avispas, todas esas sensaciones se juntan en una sola especie y hacen lucir a las otras como inofensivas o anodinas. Dice Gumilla: “Toda esta multitud de enemigos es despreciable y se hace llevadera en comparación de unos mosquitos verdes que llaman de gusano” (403) y que “en los parajes donde más abundan aniquilan a los perros, cabras, y hasta el ganado mayor parece penetrado todo de ellos” (403). Si Gumilla los deja para el final de su catálogo solar de “plagas volátiles” es porque los conoce mejor y puede incluso incorporar su propia experiencia al relato: “Nadie se admire de que los pinte tan por menor, porque, escarmentado de su furioso diente y acicalados pelos, deseo que este aviso sirva de precaución a los que llegaren de nuevo por aquellas tierras” (403). La escena pedagógica subyace en su medallón sobre el mosquito verde de gusano, pero tanto es aviso como aliciente del horror, o acaso el horror en Gumilla llega a ser, a ratos, pedagógico. En cualquier caso, en todo el repertorio de las plagas volátiles, esta es la que más se acerca a la idea del terror-arte de Carroll, pues al miedo que generan todas las otras plagas, en esta se suma el asco, que juega un papel fundamental. O, al menos, el verbo de Gumilla se arropa aquí, como en ningún otro caso de los volátiles, con los telares gelatinosos de lo asqueroso. Anota así que:

Dichos intolerables insectos chupan la sangre como los otros; pero en pago del sustento, dejan, o, por mejor decir, vomitan dentro de la carne, hasta donde penetró su afilado pico, un huevecillo imperceptible que, fomentado con el calor natural, a los tres días pasa a gusano peludo, de tan mala calidad, que inflama la parte donde está y causa calentura, como si fuera un grande tumor. No es esto lo peor, sino que, como está en la carne viva y los pelos de que está lleno son ásperos, a más de los vivos dolores que causa cada vez que le da gana de comer, en todos los movimientos que hace cada uno de sus pelos es un lancetazo cruel (403).





Un mosquito que pica, saca sangre y vomita dentro del cuerpo de la víctima un huevo que deviene gusano con pelos cuyos movimientos causan dolor, y, por si fuera poco, además se reproduce y multiplica, como veremos, piel adentro, es, ciertamente, un insecto asqueroso y de temer. Y los detalles que ofrece Gumilla sobre los síntomas, el desarrollo del malestar y el tratamiento, antes que brindar el alivio efectivo del aviso o de modo de proceder ante la inoculación del huevo o la infestación de gusanos, parecen redundar en el asco y el horror: “El forastero que piensa que es un tumor, y trata de curarle como a tal, va perdido; porque a los ocho días ya tiene diez o doce hijos, cada uno de los cuales va cundiendo en la carne viva por su lado para formar cóncavo aparte y multiplicar otros enjambres; tanto que a muchos les ha costado la vida” (403).

Cada uno de los diez o doce hijos del gusano primero va, pues, abriendo túneles de carne en la víctima y superando día tras día su propia malignidad fatal para gestar nuevos gusanos que, a su vez, harán nuevos túneles y, en ciclo perpetuo, procrearán nuevos gusanos. Así hasta el infinito o la muerte, que luce en este caso, según ocurre en la ficción de horror, como el más feliz de los bálsamos.

Pero Gumilla no quiere dejar al lector empozado en un horror sin remedio. Él, que ha sobrevivido a estos mosquitos de gusano, a su funesto obrar, a su asqueroso e infame proceder cuerpo adentro (lo abyecto, en toda su ley), tiene a mano una solución que, si no es menos horrible que la descripción del ciclo vital del insecto una vez que alcanza la carne de su víctima, plantea, para quien cuide cada paso del procedimiento, algo como un final feliz:

Es cierto que la herida del mosquito verde nadie la puede evitar en el paraje donde ellos abundan; pero se puede estorbar que el gusano procee; para lo cual se ha de observar que en el mismo centro del tumor inflamado que se levanta se ve siempre una aguadija que arroja el gusano por la boca; sobre ella se pone chimú, que es quinta esencia del tabaco, y a falta del chimú se pone tabaco mascado, con que se emborracha el gusano y aumenta los dolores con los movimientos que hace; entonces, apretando con los dedos pulgares la carne a buena distancia del gusano (por no machacarle), dando el apretón con fuerza, salta el gusano entero y sólo hay que curar el cóncavo que deja; pero si se estrujó y murió dentro o saltó, al apretar, sólo la mitad de él, queda trabajo para muchos días; porque luego se forma postema y como a tal se ha de seguir la curación (404-405).

Con el espantoso medallón sobre el mosquito de gusano, Gumilla culmina su memorable repertorio de plagas volátiles que “acometen de día cara a cara”. Pero hay otras plagas, las “nocturnas, que no solamente roban la sangre, sino también el sueño y el descanso, tan necesarios y apetecidos después de haber trabajado todo el día” (404). Son apenas tres, y



las descripciones del fraile son bastante sintéticas, como si en las tinieblas de la noche fuese mucho más difícil ver y, por tanto, la abundancia del detalle estuviese negada, de antemano, en la falla de la mirada, en la ausencia de la luz.

La primera de estas plagas es la de los “mosquitos *cenicientos* pequeños”, que apenas cae la noche, dice Gumilla, “llueven enjambres” de ellos. A pesar de su tamaño diminuto, atacan, de nuevo, en grupo, y son “sumamente molestos, no solo por sus penetrantes picos, sino por el sonido y zumbido con que atormentan tanto el oído; tanto, que si ellos fueran capaces de entrar en partido, fuera trato útil a unos y a otros darles amplia facultad de chupar sangre con tal que callen” (404). Gumilla, el insomne, suma, pues, al ya largo inventario de los disturbios del sueño en la Orinoquia (tigres, serpientes, amenazas de ataque de la nación Caribe, repentinas ceremonias fúnebres y orquestas infernales de la nación Saliva en la madrugada) esta otra plaga de mosquitos, acaso la más inofensiva, pero tan molesta que el fraile preferiría dejarles su sangre con tal de que fuesen más silenciosos. Deseo que, pudiera decirse, se le cumple en las dos plagas posteriores, las dos últimas del reino de las tinieblas.

Así ocurre con los pitos, “unos insectos pardos de una hechura muy rara, del tamaño de tábanos medianos” que “tienen un pico rabioso y suave” y que “mientras beben la sangre, lo hacen con tal tiento y dulzura que no se dan a sentir; pero al retirarse llenos dejan un dolor y comezón intolerables” (404). Si los cenicientos no dejan dormir, los pitos cuidan el sueño de su víctima, pero hacen inaguantable su despertar.

Sea, entonces, por el ruido que hacen o porque pican intensa y extensamente los cuerpos en la noche, dormir, selva adentro, parece un lujo imposible entre cenicientos y pitos. La necesidad de dormir bien, que en *El Orinoco ilustrado* es constante y nunca cumplida, vuelve en este capítulo a hacerse carne y verbo. La ausencia del sueño profundo (otro tópico común del horror) persigue a Gumilla. Y llega a constituirse, incluso, en traba rotunda de la comprensión, el hecho de que alguien, gentil o misionero, logre dormir en tan adversas circunstancias (primero mosquitos y palmadas; luego, broche de oro, los ronquidos ajenos):

Lo que yo no podía ni puedo entender es cómo aquellas gentes llegan a tomar el sueño cubiertos de innumerables mosquitos. Ello es así, que luego que se tienden por aquel suelo a dormir, hay tal estrépito de palmadas, matando mosquitos, que me han quitado sólo ellas el sueño muchas veces; al cuarto de hora ya suenan menos y a la media hora ya no se oye golpe alguno, y entran a atormentar en su lugar una behetría de ronquidos intolerables. Entonces, para registrar si aquel profundo sueño era



por haberse retirado los mosquitos [...], encendí varias veces luz, y reconocí, no sin espanto, aquellos cuerpos revestidos de pies a cabeza de millares de mosquitos, forcejeando unos con otros para hacerse lugar y fijar su pico, yéndose unas bandadas llenas y viniéndose otras a llenarse de sangre, sin cesar, toda la noche (405-406).

El lector o cinéfilo habituado al horror sabe que encender la luz en medio de la noche solo puede legarnos imágenes espantosas que acaso hubiese sido mejor no ver. Esos cuerpos tapiados de mosquitos hambrientos que Gumilla ilumina brevemente conforman, sin duda, una de esas imágenes que ganan por mérito propio un lugar en los anales del terror.

En cualquier caso, si ensayamos levedad o alegría en medio de la tiniebla difícil de la selva, habría que decir que la vida es mala sin dormir, ciertamente, pero peor aún es, claro, morir durmiendo. Eso parece sugerir Gumilla cuando, frente a pitos y cenicientos, su verbo adjudica el trofeo mayor entre las plagas nocturnas del Orinoco, a una que ha surtido durante siglos los imaginarios del horror en la ficción, y a la que Gumilla dedica pocas líneas, si consideramos el lugar de semejante plaga en el canon occidental: “¿Y quién creyera o se atreviera a decirla, si no fuera tan evidente y sangrienta y mortal, la plaga nocturna de los murciélagos?” (404), se pregunta, retórico, el fraile.

Los murciélagos del Orinoco, dice Gumilla, “son unos regulares, del tamaño de los que se ven en España, y otros tan grandes que de punta a punta de sus alas tienen tres tercias; y unos y otros gastan la noche buscando a quién chupar la sangre” (404). No es el tamaño, se diría, lo que importa, sino la práctica sangrienta, pero suave, blanda, silenciosa que alcanzará a todo el que duerma en la selva sin tomar las previsiones necesarias:

Los que por no tener otro arbitrio duermen en el suelo, si no se tapan de pies a cabeza, cosa ardua en tierra de tanto calor, los tales seguramente son heridos de dichos murciélagos, y también los que duermen en camas sin toldillos o sin mosquitero; aunque no quede sin tapar sino la frente, allí le muerden; y si por desgracia pican una vena, como acontece, el sueño pasa a ser muerte verdadera, desangrándose el cuerpo sin sentirlo el dormido; tanta es la suavidad con que clavan el diente, batiendo al mismo tiempo blandamente sus alas para halagar con el ambiente al mismo a quien tiran a destruir (404-405).

La descripción que hace Gumilla del murciélago, o de su dulce ataque, en sangrienta y aristocrática levedad, como homenajearlo a la víctima, alimenta en clave poética la tesis del horror. Se asocia, en la imagen del misionero, la horrificada presencia del animal con un toque de elegancia y delicadeza que, aunque parezca un despropósito, continuará redondeándose y afirmándose en el tiempo en la figura del vampiro, personaje prototípico de



la literatura gótica, ya a finales del siglo de Gumilla y, con más fuerza que nunca, a partir del siglo siguiente (Polidori, Maturin, Stevenson, Le Fanu, Stoker).

Pero si los nativos, dice Gumilla, han ideado el modo de prevenir el ataque de murciélagos (“dormir colgados en el aire, sobre una como red, que llaman chinchorro”), esta inventiva no previene o “resiste a los picos de los mosquitos” (405), por lo que algunos deben usar, además, mosquiteros, mientras otros prefieren embadurnarse de pies a cabeza con un “ungüento hecho de manteca o de aceite, con achote molido” antes de dormir. Otros labran chozas o dormitorios particulares junto al fuego, con triple cubierta hecha de hoja de palma o de lo que se tenga a mano.

En fin, la necesidad ha obligado a todas aquellas gentes a inventar arbitrios para su defensa, menos las naciones Guajiva, Chiricoa y Guama; las gentes de estas tres naciones duermen en el duro suelo, sin más cubierta que la del cielo raso, expuestas a todas las plagas referidas y a otras muchas que diré, y viva quien viviere, y al que amanece muerto lo entierran, sin apurarse ni tratar de remedio para evitar otras desgracias (405).

No es la primera ni la última vez que el fraile reprueba los comportamientos de guajivos, chiricoas y guamos. Acá, no obstante, en la crítica a la vida silvestre de estas naciones parece colarse una como secreta y reticente admiración a su estoicismo: si se acepta que la vida es lo que es, y que la muerte llega tarde o temprano como parte del ciclo, el miedo, se diría, ya no tiene lugar. Como para Humboldt, para guajivos, chiricoas y guamos, el horror es cosa ajena. No así para Gumilla, para quien miedo y asco surgen a borbotones en cada resquicio de la Orinoquia, nutriendo su horrificca escritura.

Las “plagas volátiles”, así, configuran una breve joya en el repertorio del terror animal. Es prácticamente imposible sobrevivir a los ataques diurnos de zancudos, jejenes, rodadores, galofas, tábanos sangrientos, avispa furiosa y mosquitos verdes de gusano. Pero quien sobrevive al día debe enfrentarse aún a los ejércitos nocturnos de cenicientos, pitos y murciélagos. Lo ideal, entonces, sería lanzarse al agua. Allí no hay plaga volátil que valga, dirá el lector desprevenido. Pero Gumilla sabe, y se lo contará detalladamente al lector poco después, que en el agua lo esperan rayas, pirañas, anguilas eléctricas, caimanes y anacondas. Harina de otro costal, claro, en el sangriento y proliferante archivo de horror animal que ofrece *El Orinoco ilustrado y defendido*.



El libro de Gumilla, pues, al concentrarse en el miedo y el asco que pueden producir los animales de la Orinoquia (las “plagas volátiles”, en este caso, según hemos demostrado en este artículo), se distingue de los procedimientos narrativos y ensayísticos anteriores a su obra en el mundo de las historias naturales (ni el *Sumario* de Fernández de Oviedo, ni la *Historia natural y moral* de Acosta, por ejemplo, hacen hincapié, al hablar de animales, en el miedo o el asco). *El Orinoco ilustrado y defendido* se distingue, también, en su fuerza imaginativa y especulativa (fuerzas que configuran, finalmente, el tono horrífico con el cual el fraile describe a la naturaleza) de las observaciones científicas y objetivas, y el modo de pensar y escribir la naturaleza en los textos que, aún dentro de su órbita, pero ya en abierto pleito con ella, la suceden (de los cinco tomos del *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente* de Humboldt, por ejemplo).

Por otra parte, la obra de Gumilla prefigura rasgos y estrategias puntuales del género por nacer (el horror literario) poco después de muerto el misionero (la novela gótica surge, en la literatura occidental, a finales del siglo XVIII y las narraciones de terror comienzan a florecer en las literaturas hispánicas a lo largo del siglo XIX), mientras su libro mayor iba ganando enorme popularidad, admiradores y detractores. Si bien *El Orinoco ilustrado y defendido* no es una ficción (no se escribió, ni se publicó con estas intenciones, y tampoco se leyó durante siglos bajo ese lente), lo habitan múltiples procedimientos abierta, escandalosa, descaradamente ficcionales. Es una historia natural y no una ficción, claro, pero ello no significa que el universo del “terror-arte” le sea ajeno. Al contrario, en los anales de la literatura colonial, acaso no haya un libro tan cercano a la idea o posibilidad de una literatura de “terror-arte” y de “horror animal” como el libro de Gumilla. Asimismo, en el archivo de la literatura latinoamericana posterior, acaso no haya un precursor tan sólido de este universo (el miedo, el asco, la naturaleza como amenazante otredad) como *El Orinoco ilustrado y defendido*.

## **Bibliografía**

ACOSTA, Joseph de. *Historia natural y moral de las Indias*, editado por Edmundo O’Gorman, Fondo de Cultura Económica, 2012.



- ALEGRÍA, Ciro. *La serpiente de oro*. Peisa, 1973.
- CARPENTIER, Alejo. *Los pasos perdidos*. Alianza, 2014.
- CARROLL, Noël. *Filosofía del terror o paradojas del corazón*, traducido por Gerard Vilar, Machado Libros, 1990.
- COHEN, Jeffrey Jerome. *Monster Theory. Reading Culture*. University of Minnesota Press, 1996.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo. *Sumario general de la natural historia de Las Indias*, edición de Álvaro Baraibar. Iberoamericana-Veuvert, 2010.
- FERREIRA DE CASTRO, José María. “La selva”. *Novelas escogidas*, traducido por Eugenia Serrano y José Ares, Aguilar, 1959.
- GALLEGOS, Rómulo. *Canaima*, editado por Charles Minguet, Archivos Allca XX, 1991.
- GILIJ, Felipe Salvador. *Ensayo de historia americana*, traducido por Antonio Tovar, Academia Nacional de la Historia, 1965.
- GREGERSDOTTER, Katarina et al. *Animal Horror Cinema. Genre, History and Criticism*. Palgrave Macmillan, 2015.
- GUMILLA, José. *El Orinoco ilustrado y defendido*. Academia Nacional de la Historia, 1963.
- \_\_\_\_\_. *Escritos varios*. Academia Nacional de la Historia, 1970.
- HUMBOLDT, Alexander von. *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*, traducido por Lisandro Alvarado et al. Tomos I-V. Monte Ávila, 1991.
- LOVECRAFT, Howard Phillips. *El horror sobrenatural en la literatura*, traducido por Juan Antonio Molina. Valdemar, 2010.
- MILLONES FIGUEROA, Luis y Domingo LEDEZMA. *El saber de los jesuitas, historias naturales y el Nuevo Mundo*. Iberoamericana-Veuvert, 2005.
- REY FAJARDO, José del. *Historia y crónica orinoquense*. Tomos I y II. Universidad Javeriana, 2016.